

# INQUIETUDES Y ZOZOBRAS DE SOCIOLOGOS IBERICOS

**P**ODRIA afirmarse, sin el menor quiebro del tensor que, a duras penas, mantiene encendida la convergencia de criterios discrepantes que definan nitidamente al sociólogo profesionalizado, que un Congreso de Sociología tiene aún poder de convocatoria, como el recientemente celebrado en Canadá, bajo la temática general de «Ciencia y Revolución en las sociedades contemporáneas», y en cuyos márgenes, como diría alguien, los precursores y pioneros, como el joven checoslovaco Radovan Richta, se movían "como pez en el agua".

Poder de convocatoria que, al igual que la anterior reunión búlgara (1970), que se inclinó sobre los áspersos temas de la planificación, logra alcanzar la cifra tangente a los 3.000 sociólogos, levantada acta de las ausencias multitudinarias de gran parte de la sociología europea, africana, asiática y, ¡ay!, latinoamericana, inhibidas, desconfiantes, temerosas ante la pérdida de tiempo, de una parte, o alejadas de una reunión hecha a medida de los países ricos (como puede oír en una reciente reunión del ramo en América Latina), a pesar de la tenaz y activa presencia en Toronto del Comité de Anwar Abdel-Malek y de las legítimas reivindicaciones de una parte mayoritaria del numeroso grupo de científicos latinoamericanos, entre ellos, Pablo González-Casanova y Fernando H. Cardoso.

¿Es que la temática del Congreso de Toronto no era tan atractiva, o más, para los países de economía atrasada que para los industrialmente desarrollados, o "crecidos", o para los representantes de las transnacionales? Este hecho, científicamente preocupante, al igual que preocupante, una vez más, es la abstención de China (probablemente por las razones que más arriba indico, tras haber sido invitada por tres veces por las instancias ejecutivas de la Asociación Internacional de Sociología, según me indicaron en Toronto), da base para sospechar (ya hay datos que así lo indican) en un progresivo desarrollo de las asociaciones y sociología regionales, en torno a las especificidades propias, o de centros de convergencia subregionales (como podría ser el proyecto "Mediterráneo") en donde, al margen de la estricta oficialidad académica (y oficiante), legalizada y legitimada dentro de los márgenes estrictos del subsistema universitario, reproductor y selectivo (excluido y excluyente para algunos en situaciones totalitarias y autoritarias de poder), permitan y ofrezcan la posibilidad a sociólogos de países capitalistas de colaborar en la in-

vestigación y de participar libremente en el debate libre.

## Casi trescientas sesiones

Sería extremadamente temerario, por lo apresurado, intentar hacer números cualitativos sobre la reunión de Toronto, cuyo engranaje se montó en base a 145 sesiones de Comités de Investigación, 43 de grupos de trabajo, 38 de grupos «ad hoc», 26 de sesiones especiales, 17 de simposios, 11 de mesas redondas y 6 de sesiones plenarias, totalizando 286 sesiones, distribuidas en seis días de trabajo.

La especialización en alvéolos, sin el trabajo de balance de las plenarias, hace que el predominio del trabajo empírico y las teorías sociológicas subyacentes no se contrasten en asamblea y en general debate. En tal contexto, la "crítica radical", hors système, surge, al menos aparentemente, como dilema entre el "neomarxismo" y el "neoliberalismo", de una parte, y los atractivos "neomesianicos", de otra.

Creo que estos Congresos tienen, al menos, una utilidad: agrupar cada cuatro años a los que participan en los trabajos permanentes de los Comités de Investigación que, de suyo, tienen vida propia. Y si funcionan bien, mantienen el contacto íntimo y periódico al margen de las Asambleas Mundiales Generales. También poseen el interés del contacto personal, especialmente para aquellos que nos encontramos localizados profesionalmente en el exterior de nuestros propios países.

## Problemas ibéricos

Pero en el que acabamos de asistir (observado desde la parcialidad de mi Comité de Investigación) surgió un elemento adicional, importante más o menos (o nada) para los sociólogos de la Península Ibérica, ya que la Universidad Autónoma de Barcelona presentó candidatura y oferta para recibir al próximo Congreso Mundial en 1978, paralelamente a las candidaturas de Gran Bretaña, Alemania Federal, Irán y, a última hora, un país escandinavo.

Del mismo grupo de colegas ibéricos salta una candidatura (no oficializada), Portugal, recibida con cierto entusiasmo en las interminables conversaciones de pasillo. La Asociación Internacional de Sociología exige un requisito formal: la existencia de una Asociación Nacional Portuguesa de Sociología. Pienso que se trata de un simple requisito, fácil de cubrir, con sólo recordar una parte de los compañeros portugueses que conoci

involuntariamente en la Universidad de París, estudiando sociología, mientras vivían en el exilio forzoso. Sin duda, todo quedará aclarado en un plazo de un año...

Al igual que en el Congreso de Varna, la presencia de sociólogos ibéricos también facilitó en Canadá la reunión específica (con algunas ausencias, como ocurre frecuentemente cuando se convoca, sin objetivos manifiestos, a la heterogeneidad). Encontrarse en "tierra de nadie" es el mejor punto de mira, diría alguno.

Y una vez más, con el espontaneísmo propio de la distensión, se plantea el proceso asociacionista de los sociólogos ibéricos. Un tema de gran importancia y que apasiona a todo profesional. Ni el momento, ni el lugar, ni mis deseos se inclinan a convertirme en cronista, ya que, al tiempo de juez y parte, podría dejarme influenciar por eso del desviacionismo profesional. Sin embargo, me parece que sería extremadamente útil y conveniente que, antes de que los sociólogos del mundo entero (con la probable presencia de China en 1978) se reúnan en Barcelona, los sociólogos ibéricos (con pasaporte español, estén o no en España) tengan de una vez su propio "congresillo". Pienso que sería casi una conditio sine qua non para reagrupar fuerzas de trabajo, hacerse las presentaciones de rigor, abrir todas las ventanas al debate científico, contrastar la sociología académica y la no académica, practicar un poco de democracia activa (organización, estatutos, etcétera) y, ¡máxime entre sociólogos!, introducir vivamente la temática de las nacionalidades ibéricas, al tiempo que, por lo menos, se hace inventario de los sociólogos ibéricos vinculados profesionalmente a universidades o centros de investigación en el extranjero o en organismos y agencias internacionales. Un necesario acto de deshielo (propio de cualquier práctica de la democracia o "minidemocracia"), que, al menos a algunos, nos incrementaría la velocidad de circulación de la información científica que nos es más próxima (y a veces nos parece la más alejada), evitándonos, probablemente, mil rodeos para encontrar determinados trabajos de socio-lingüística catalana, vasca o gallega, determinadas investigaciones, realizadas en la Serranía de Ronda o las simples informaciones de cómo marcha la elaboración del Plan de Estudios para la Facultad de Sociología. Pareciera como si desde Varna (1970) a Toronto (1974) el tiempo no haya transcurrido, habiendo sido casi tiempo de silencio (¡otra vez!). ■ FRANCISCO J. CARRILLO.